

Estampas

En El Salvador se ha cometido un crimen sombrío

Transcurran unos días más y se pierde el recuerdo de que un pueblo centroamericano fué ametrallado por sedicioso, de que un Gobierno sanguinario e incapaz fusiló a unos hombres que inculcaban en ese pueblo el espíritu de sedición. Las agencias cablegráficas y postales sirvieron servilmente a ese Gobierno en la difusión de la alarma y con haber cumplido en forma tan cabal han quedado en un silencio que trae más pronto el olvido. ¿Quién tendrá memoria mañana de la matanza de El Salvador? Se tiene memoria de un suceso cuando se ha reflexionado en él. Pero el mundo no reflexiona. Le interesa lo que exista de espectáculo porque sólo por ese costado es sensible su curiosidad. Los relatos parciales regados fuera de El Salvador colmaron la curiosidad colectiva. ¿Qué voz se ha oído condenando la matanza? Es el exterminio de una clase funesta, dicen los más, y bien ha hecho aquel Gobierno batiéndola sin contemplaciones.

Nadie piensa que ha podido cometerse una gran atrocidad con el pueblo salvadoreño. Nadie sospecha de que las condiciones de ese pueblo son duras. Todos miran sólo por la claraboya estrecha de una prensa cogida por una horrible red de intereses. Es terrible y muy desgraciado el sentimiento común de la gente. Es necesario ser honrado y no desorientarse. En El Salvador ha ocurrido un crimen grande. Pensemos seriamente en lo que significa ametrallar poblaciones desarmadas. Lo de comunistas es la invención del Gobierno para justificar fuera de El Salvador la matanza. Leamos los relatos de los sucesos. ¿Quién no adivina por ellos que la consigna de las tropas era ametrallar a cuanto trabajador, a cuanto campesino apareciera por los poblados y por los campos? Abultar, hacer sentir en el exterior que el país estaba amenazado de la destrucción planeada por los comunistas. Presentar al Gobierno lleno de la resolución firme de acabar con el brote comunista. Por allá al lado del "cuartel del séptimo regimiento de infantería, más de quinientos hombres, campesinos o comunistas, armados de machetes, revólveres, escopetas, barretas, piochas y azadones" intentan un asalto. Así dice el relato preparado para deleite de la curiosidad ajena al dolor de un pueblo lleno de hambre y de miseria. ¿A eso llama el Gobierno enemigo? Un pueblo desnudo armado de instrumentos de labranza no merece ser ametrallado cuando, como refieren las crónicas, se sitúa en actitud hostil al lado de un cuartel. El Gobierno debió sentirse muy débil ante la muchedumbre rebelde. Pero surge una duda grande, duda que turba y rebela el ánimo. ¿No fueron los agentes de ese Gobierno salvadoreño los que prepararon la tragedia? ¿No se sirvieron de la ignorancia del pueblo, de sus penas miserables para inducirlo a arremolinarse en torno a los cuarteles? Es muy posi-

ble que el Gobierno en su desesperación por obtener el reconocimiento que el Departamento de Estado norteamericano le niega, acuda a cuanto medio inhumano exista. Despertar el temor internacional por el comunismo es sin duda uno de los recursos de más efecto en nuestros tiempos. No hay que exponer a las naciones a conmociones sociales. Y para evitárselas, para no precipitarlas al torbellino enloquecedor lo mejor es ayudar a aquella nación amenazada.

El Gobierno de El Salvador o sus consejeros han debido pensar así cuando buscaron pretextos para ametrallar al pueblo. Han debido contar todos por igual con el temor nacido en el Departamento de Estado con la aparición agresiva del comunismo salvadoreño. Y contando con ese factor ametrallaron al pueblo. Revísense las crónicas difundidas por cable, por radiograma, por correo aéreo. En todas se encuentra el relato que pone victorioso al ejército echado por el Gobierno en persecución de la población insurreccionada. En todos se vé una población desarmada, miserable, desnuda. Las ametralladoras arrebaban con ella y la convertían pronto en mortandad. Los disparos tenían siempre un blanco seguro. En cambio las tropas del Gobierno han salido ilesas. Una que otra unidad galonada pereció no se sabe si por los mismos disparos de las otras encarnizadas unidades que batían al pueblo. En total—si hemos de dar por cierta la información publicada—pericieron veinticinco gobiernistas por cerca de seis mil comunistas. ¿Cómo ha tenido que ser de desigual la lucha para un resultado tan mezquino!

No, el pueblo salvadoreño no se insurreccionó para tomar cuarteles. El Gobierno quiere que en el exterior creamos todos la versión hecha por él. Pero, si es que ya mañana nadie ha de recordar la inicua matanza, digan hoy al menos todos los que son sensibles a la justicia que se cometió un crimen sombrío. Contra un pueblo que nadie sabe si en realidad se amotinó o se le arreó al matadero, lanzaron la soldadesca estúpida para que destruyera, para que hiciera héroes de unos muñecos adueñados del Poder. Cuando las generaciones futuras revisen la historia de El Salvador pasarán por estas páginas de comienzos de Febrero de 1932 con dolor e indignación. En el relato de tanto crimen no puede el espíritu honrado dejar de dar su juicio severo y condenatorio. A las juventudes salvadoreñas de unos años más les tocará pedir cuentas a los asesinos. Y las tendrán que pedir tarde o temprano, porque El Salvador es viril, es fuerte. Ahora ha parecido fácil condenar a muerte a un Martí, a un Luna, a un Zapata. El Gobierno los encarceló y los fusiló. Pero con matarlos no enterró el clamor de justicia que crece. ¿Qué hicieron los tres hombres salvadoreños fusilados por ser comunistas? Ayudaban a su pueblo. Esta es la verdad. Se ocupaban en la tarea grande de ayudar a un pueblo. El pueblo los quería, porque de seguro le hablaban de que no era un rebaño sino un conjunto de seres humanos. Lo trataban los tres fusilados como un conjunto nacido con derechos grandes a la dicha, al bienestar. ¿Acaso inventaban estos tres fusilados una doctrina? Los pueblos siempre han tenido quienes se acerquen a ellos con infinda ternura. En una o en otra época encuentra el que busca ejemplos conmovedores y constructivos. Uno es digno de contarse hablando de los

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.